

–Está bien.

Los trinos de la mañana me sacaron de la hamaca con un regocijo salino. Había encontrado la solución. Me dirigí al rancho en donde se alojaba.

–Se fueron al muelle.

–¿Se fueron?

–Sí. Todos se fueron al muelle.

Agitado por la carrera, alcancé a ver el velero que pasaba veloz frente al muelle.

–¡Ven con nosotros! – su gritos levantaban crestas violáceas en el agua.

–¡No sé nadar!

–¡No importa, yo te salvo!

–¡Cuando vuelvas, te daré un beso! – una salpicadura me roció el rostro.

–¡Que, ¿qué?! – pero, el quejido de las gaviotas no la dejaban escuchar con claridad y, a la tercera vuelta, ya no estaba en el velero.

Más allá de Tupile, la alcancé a ver nadando como siempre; sin esfuerzo alguno. Se sumergía por minutos y, otra vez, aparecía con su sonrisa de ola ancha y sus dientes aperlados. Lo último que vi fue una cola horizontal de mamífero acuático.

Dicen los nativos que la han visto cantando, reposada en los bancos de arenas blancas, aminorando la velocidad de los pelícanos en clavado. Para esos días, aseguran que la pesca es mejor, porque viento se detiene, para escuchar su voz.

Casualmente, ayer, recibí una fotografía, como de postal. Ella aparece con el torso fuera del agua, hasta la cintura, y los brazos extendidos hacia el cielo, saludando con su sonrisa de ola ancha y sus dientes aperlados. A sus espaldas, va un crucero de turistas navegando.

Al revés de la fotografía, escritos en tinta de sepias, estaban los siguientes enunciados:

“Cuando quieras cantar conmigo, volveré a ensayar contigo”

RAMSIS MEJÍA AGUILAR: Panamá, 1963. Técnico en Artes Plásticas (INAC); Licenciado en inglés con énfasis en traducción; Profesor de Inglés; Postgrado en Docencia Superior. Ha publicado los poemarios: **El canto de la Choroteca** y **siete sonetos de aguacero** (2002) y **Memorias del mar y otros platónicos secretos** (2007). Egresado del Diplomado en Creación Literaria 2010 de la UTP.

Marla bajo la lluvia

POR SHANTAL MURILLO

Esta es la historia de Marla y de los extraños sucesos acontecidos a su alrededor cada día lluvioso de abril de 2005. No me pregunten por qué sucedían estos extraños e insólitos eventos, porque seguramente la única repuesta que podría darles es que lo ignoro por completo. No, no estoy aquí con el propósito de explicarles las causas, mi cometido es única y exclusivamente documentar lo que con mis propios ojos observé aquel extraño mes de abril en Panamá, específicamente en la comunidad de Las Tablas.

Marla Rivera, una jovencita de trece años, es hija de la hermana de la abuela de mi prima, y era la única persona que conocía en el pueblo de Las Tablas. Desde hacía algunos meses que venía dándole vueltas a la idea de hacer un estudio sociológico del comportamiento de las personas, cuando éstas estaban alejadas del ruido y estrés de la vida en la ciudad. Las Tablas era un pueblo más que perfecto para esta misión, pero invariablemente necesitaba pedirle el favor a la madre de Marla para que me diera hospedaje por el mes y medio que duraba el experimento.

Casi he olvidado la primera vez que vi a Marla... recuerdo que fue en uno de los famosos carnavales tableños, la familia de mi prima me había invitado a pasar los carnavales con ellos y nos quedamos en la casa de la pequeña. Yo podría tener unos diez años y la niña unos cuatro o cinco. No se por qué, pero desde el primer momento

en que la vi supe que había algo especial en ella, algo fascinante que no pude realmente descifrar aquella vez.

Llegué al pueblo el domingo 27 de marzo de 2005, con una maleta pequeña llena prácticamente de libros y todas aquellas expectativas y emociones que la profesión generaba en mi joven espíritu de 19 años. Era un día soleado y seco, no había casi ni nubes en el cielo.

Cuando me bajé del autobús que me traía desde la ruidosa capital, la madre de Marla, Elena y la niña ya estaban en la estación esperando por mí. Me mostré agradecida por la cortesía que mostraron al esperarme, sobre todo porque su casa no quedaba muy lejos de allí. De hecho la casa estaba en lugar perfecto, justo en el centro del pueblo, a solo una calle del parque central.

Marla era una joven, de lo más agradable y cariñosa, hizo todo lo que pudo por hacerme sentir bienvenida, a pesar de que casi nunca habíamos hablado antes; gracias a ella la primera semana resultara menos incómoda de lo que me imaginaba que sería.

El primer suceso fuera de lo normal que noté ocurrió el sábado 2 de abril. Amaneció como cualquier otro día de abril, soleado y seco, y se mantuvo así hasta eso de las once de la mañana cuando el sol quedó oculto tras una nube de intenso color gris. La primera cosa que me llamó la atención fue la mirada extraña, llena de preocupación, que le dirigió Elena a su hija mientras tomábamos el desayuno. A medida que la mañana se volvía más nublada Marla parecía estar más pálida y poco a poco aparecían marcas moradas debajo de sus ojos. Marla no daba la impresión de una niña que le gustara estar encerrada.

– Oye, Marla, por qué no me acompañas a la tienda un rato a comprar un helado, todavía no he hablado con el encargado de ese local para mi investigación – propuse inocentemente. La cara de la niña se iluminó de pronto, como lo pensé, estar encerrada en la casa no era mucho su estilo, además la tienda estaba muy cerca y ambas, flacas como éramos, cabíamos en un solo paraguas en el caso de que empezara a llover.

–No es buena idea que Marla salga con este clima – dijo su madre antes siquiera de que ella pudiera responderme. Era muy raro que Elena se mostrara tan sobreprotectora con su hija.

–Solo es ir a la tienda mamá – intervino Marla de inmediato – no tardaremos... Nada malo va a pasar.

Me extrañó un poco la cara desesperada de Marla, pero no supuse nada extraño.

–Te juro, Elena, solamente vamos a la tienda – insistí a favor de nuestro pequeño escape – llevaremos el paraguas más grande que tengas.

Elena se mostró cautelosa pero al final terminó accediendo y, cuando mencioné el paraguas más grande que tuviera, ella se lo tomó muy en serio, pues nos dio un paraguas suficientemente grande como para cinco personas.

Preferí no mencionarle nada a Marla de la extraña reacción de su madre y nos fuimos corriendo a la tienda para que no nos agarrara el aguacero. Ninguna de las dos teníamos ganas de abrir el enorme paraguas que nos dio Elena.

Justo cuando llegamos a la tienda empezó a caer este aguacero, que nos era casi imposible distinguir qué había más allá de dos metros de donde estábamos. Algunas personas quedaron atrapadas dentro de la tienda como nosotras, entonces me empecé a arrepentir de haber insistido en venir de todas maneras.

Marla parecía absorta en la lluvia, en un momento estiró la mano para tocar las pequeñísimas gotas y, por un instante vi cómo su mano se volvía azul. ¿Me había vuelto loca? Miré a Marla y ella me devolvió una mirada llena de pavor, yo le sonreí como si no hubiera visto nada, y es que, ¡No pude haber visto algo!

Después de un rato dejé de llover y nos regresamos a la casa de inmediato, pues Marla estaba muy cansada (no sé de qué) y no podía mantenerse de pie sin quedarse dormida. La excusa que me dio fue la falta de sueño de la noche anterior. En mi cabeza empecé a ordenar un plan lógico: Marla tenía ojeras y estaba pálida porque no había dormido bien la noche anterior, y su madre no quería que saliera por eso. ¿Y la mano azul? Nunca hubo ninguna mano azul, todo estaba en mi imaginación.

Poco antes de entrar a su casa, Marla me pidió que no comentara nada con su madre. Al principio la miré confundida ¿nada de qué? Luego pensé en el incidente de la mano, pero eso solo había sido mi imaginación... ¿o no?

El día pasó y yo como si nada, no hice alusión alguna a nada en particular que hubiese pasado. Los días que siguieron no insistí en salir con Marla a ningún lado, aunque era innecesario, pues ella iba conmigo a todas partes. Era una guía excepcional en nuestros recorridos, conocía muy bien el pueblo y sus alrededores, además parecía ser que todos en el lugar sabían quién era y la querían mucho. Aparte debo confesar que tenía una energía que Dios mío, daba la impresión que el fulminante sol y el calor inclemente que había solo le impulsaban a seguir más y más. Pasaron siete días desde el casi imposible incidente en la tienda y, desde entonces no había vuelto a llover.

Cuando terminábamos el trabajo comprábamos unos refrescos y nos sentábamos en el parque a ver pasar a la gente. En una de esas tardes se dio la siguiente conversación:

–Qué rico clima hoy – comenté.

–Si, por aquí, por lo general, no comienza a llover sino hasta mayo.

–Qué bien.

–Si, por eso vivimos aquí – suspiró casi sin darse cuenta. Yo me le quede mirando con una mezcla de intriga y disimulo. Cuando se dio cuenta de lo que había dicho se puso pálida, me sonrió como si nada y de inmediato insistió en regresar a la casa.

Luego, el 9 de abril, amaneció con una lúgubre pantalla de nubes grises en el cielo, por lo que se podía decir pronto nos caería un largo palo de agua. Como la vez anterior, Marla se veía pálida, con ojeras muy marcadas y un cansancio visible. En cuanto la lluvia empezó a caer Elena y Marla se metieron en el cuarto de esta última, la madre salió unos minutos después, pero a la hija no la volví a ver hasta el día siguiente. Esta conducta se repetía cada día lluvioso, contrario a lo que acontecía los demás días, cuando el sol amenazaba con incinerar todo el pueblo. Tal parecía que entre más calor hiciera más activa estaba Marla.

La situación empezaba a convertirse en una mezcla de emociones para mí: por un lado me asustaban todo los eventos extraños que pasaban, por otro no podía evitar sentir una culposa y creciente curiosidad, por último me sentía ridícula por siquiera concebir la idea de que algo sobrenatural pudiera estar pasando. Además, no podía ser tan metiche, esa familia, que no era ni mía, me había acogido sin reparos cuando nadie más lo hizo... no, no podía inmiscuirme en sus asuntos privados, por más raros que fuesen.

En adelante traté de evitar pensar en cualquier cosa rara o fuera de lugar que ocurriera con Marla o su madre. Pero mi lado curioso e investigativo siempre suele barrer con todo los demás, y poco a poco me sorprendí buscando indicios que explicaran los síntomas de Marla en los días lluviosos.

Titulé a mi investigación "Marla Bajo la Lluvia". Después de un rato pude concluir lo siguiente: por toda la casa se mostraban fotos de Marla al aire libre jugando o realizando algún tipo de actividad, muchas de estas fotos (algunas muy recientes) eran de ella bajo la lluvia, por lo que el comportamiento y los síntomas extraños debía tener otra connotación además del hecho de que lloviera. Revisé las fechas de las fotos y por fin creí encontrar la respuesta... era el mes, no había fotos de ella bajo la lluvia durante los meses de abril y octubre. Pero octubre en Panamá es un mes muy lluvioso y ella tiene que ir a la escuela y luego estaba el comentario que me hizo en el parque... es raro ver lluvia por estos lugares en abril, pero últimamente el clima estaba cambiando por el calentamiento global y todo eso. Tenía que ser el mes y la lluvia lo que causarían... No sabía ni cómo decirle a lo que pasaba.

Síntomas: Tez pálida y enfermiza, contrastante con su color vivo y saludable de siempre; ojeras muy marcadas; cansancio visible y en aumento; humor inestable, en la mayoría de las veces depresivo; al parecer, sensibilidad a la luz, pues se encerraba en su cuarto con luces tenues todo el tiempo que durara el clima lluvioso; y por último... piel que se torna azulada (no puedo creer que haya escrito esto).

Al final tuve mucho contenido sobre Marla, contenido abundante que solo servía para ge-

nerar abundantes preguntas. Indagué y divagué mucho sobre todo lo que pasaba, pero al final, fue eso lo único que hice, pues para la pregunta de *¿qué esta pasando?* Nunca tuve respuesta.

Durante todo el tiempo que duró mi estancia muchas veces estuve tentada a preguntarle a Marla si es que me estaba volviendo loca o si realmente algo pasaba con ella aquellos días lluviosos de abril. Muchas veces quise entrar en esa misteriosa habitación en la que la chica se encerraba por tanto tiempo.

El último hecho que puedo documentar es el más extraño y es el que terminó con mi estancia en casa de Elena y Marla. Sucedió el 29 de abril, aún faltaban dos semanas para que regresara a la ciudad de donde había venido, de donde nunca debí haber salido.

Era una noche muy lluviosa, el ruido de las gotas de agua que azotaban el techo interrumpían mi, por lo general, apacible y profundo sueño. A eso de las once el ruido de la tormenta se volvió más intenso de lo que me gustaba, y, por contradictorio que parezca, fue en ese momento cuando oí aquel extraño ruido procedente de la habitación continua a la mía... la habitación de Marla. La intriga intensificó el insomnio que tenía. Aun así no sé qué impulso loco me llevó a meterme en el closet y balancearme en una silla para acabar mirando por el único, pequeño, agujero que había entre ambas estancias.

Lo que vi no puedo explicarlo, no sé si fue real, y si fue algo que jamás debí haber visto en un principio. Marla yacía boca abajo desnuda en la cama y amordazada con un trapo en la boca. Su madre le acariciaba la cabeza mientras murmuraba algo que no pude escuchar. La pobre chica se estremecía en la cama empapada de sudor presa de incontrolables espasmos. El suelo estaba cubierto de un polvo brillante, de color azul, parecía escarcha, pero se veía mucho más fino, como la arena de alguna isla virgen en medio del Pacífico. Sobre la espalda de Marla, a la altura de los pulmones había un par de lo que parecían ser alas (como las de las luciérnagas) que se movían incontrolablemente hacia todas las direcciones,

de ellas salían disparadas grandes cantidades del polvo que cubría el piso. La niña luchaba por mantenerse calmada, su cuerpo se veía más frágil de lo que nunca antes había visto y la blancura de su piel era la misma que la de una hoja de papel, excepto por sus pies y manos, estos eran azules.

Aparté bruscamente los ojos del agujero, me sentía mareada, casi sin aire, me empezaba a costar mucho el respirar y me di cuenta de que jadeaba incesantemente. Me senté en la cama con los pies sobre ella y los brazos apretando fuerte las rodillas. En cuanto cesó la lluvia Elena entró en mi cuarto.

–Tienes que irte mañana – dijo muy seria. En su mirada distinguí reproche y miedo.

–Está bien – no me quedaba fuerza o cordura suficiente para fingir que no había visto nada.

El 30 de abril de 2005 terminó mi estancia en Las Tablas. Ese día Elena preparó un rico desayuno, que Marla y yo devoramos en silencio. Ambas me acompañaron a la estación, Elena no dijo nada. Antes de montarme en el autobús de Panamá Marla me abrazó y me dio las gracias por haber pasado tiempo con ella y su madre. Hice mi mayor esfuerzo por sonreír y le di las gracias a ambas por la amabilidad que tuvieron conmigo.

Los sucesos vividos aquel mes en Las Tablas nunca se irán de mi memoria. Pasado algún tiempo el miedo dio paso a la duda y al misterio, sin embargo no volví a Las Tablas, no le conté a nadie lo que vi en casa de Marla y nunca lo haré. Jamás investigué nada sobre los síntomas que observé en ella ni busqué respuestas que explicaran la escena que presencié. El misterio de Marla y la lluvia en abril quedaran por siempre en las sombras, al menos para mí.

Hay cosas que están ocultas, y deben permanecer ocultas. A veces, es mejor no saber, no buscar, no mirar. En ciertas ocasiones la ignorancia es una bendición.

SHANTALL MURILLO. Panamá, agosto de 1990. Se graduó de Bachiller en Ciencias y Letras del Instituto Episcopal San Cristóbal en el 2008. Actualmente está en segundo año de la carrera de Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Santa María la Antigua. Egresada del Diplomado de Creación Literaria 2010 de la UTP.